



Paul Pelliot, en casa del director de la Residencia con ocasión de su conferencia sobre «Les anciens monuments du christianisme en Asie Centrale et en Extrême-Orient». Madrid, 30 de marzo de 1928. (Biblioteca Nacional de España, Madrid.)

La cátedra de la Residencia de Estudiantes: vocación internacional y proyecto europeísta

Isabel Pérez-Villanueva Tovar

Resumen: La cátedra de la Residencia de Estudiantes mostró un carácter marcadamente internacional. De acuerdo con los planteamientos de la Institución Libre de Enseñanza y de la Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas, sus actividades respondieron a un planteamiento global e integrador y ofrecieron temas y enfoques variados, desde lo científico a lo artístico, sin excluir las manifestaciones de vanguardia. Inscrita en el horizonte intelectual y político de signo liberal de la Europa de entreguerras, tuvo un papel muy destacado en la modernización cultural de la España de su tiempo.

Palabras clave: Residencia de Estudiantes, Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas, Comité Hispano-Inglés, Sociedad de Cursos y Conferencias, liberalismo, europeísmo.

Abstract: The Chair of the Residencia de Estudiantes showed a markedly international character. According to the overview of the Institución Libre de Enseñanza and of the Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas, its activities responded to an integrated, global approach, and offering different themes and points of view, ranging from scientific to artistic, including avant-garde representations. The Residencia was registered in the intellectual and political horizon of liberal sign of Europe between both wars, playing a major role in cultural modernization of Spain at that time.

Key words: Residencia de Estudiantes, Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas, Comité Hispano-Inglés, Sociedad de Cursos y Conferencias, liberalism, pro-European perspective.

Se ha recordado en diversas ocasiones la impresión de estar en Oxford o Cambridge que tuvo el musicólogo e historiador John B. Trend al entrar, a finales de los años diez, en la sede de la Residencia de Estudiantes de la calle del Pinar. La asociación no traduce mal el carácter europeo y, más concretamente, la orientación británica del grupo masculino residencial. Y resulta igualmente significativo que en un artículo de la revista *Crónica*, de principios de los años treinta, se dijese que la Residencia de Señoritas era el «hogar madrileño de la intelectualidad femenina española y extranjera». Ambas opiniones ilustran bien el carácter cosmopolita de la institución creada por la Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas en 1910, hace ahora cien años.

La Residencia de Estudiantes, obra, como la Junta, de la generación del 14, recoge las ideas de la Institución Libre de Enseñanza, aunque matizadas por múltiples y «cruzadas influencias» —en expresión de la revista *Residencia*—, entre las que ocupó

un lugar destacado la de Ortega y Gasset. El pensamiento institucionista, de raíz krausista, que fundamenta la Residencia de Estudiantes determina algunas de sus peculiaridades más sugerentes. Juan López-Morillas indicó que Francisco Giner había recibido de Sanz del Río «como don capital la noción de que las ideas no sólo se tienen, sino que se viven». En este horizonte, pensamiento y acción, fondo y forma, constituyen perspectivas inseparables, de manera que existe correspondencia entre lo que se piensa y lo que se hace, entre el contenido y el continente.

Las distintas facetas de la configuración y de las realizaciones residenciales son parte de un conjunto coherentemente articulado, y cada elemento debe ser interpretado en el marco de esa articulación general. Así, la apertura internacional, siempre presente en la Institución Libre de Enseñanza y en las iniciativas inspiradas en sus planteamientos, como la Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas, se manifiesta con claridad en la Residencia de Estudiantes. Su cátedra es, en este sentido, con sus actividades públicas de carácter científico, artístico y literario, una de las expresiones más significativas —y más atractivas también— de esa orientación internacional. Las páginas que siguen procuran resumir las líneas maestras de esa apertura al exterior y acercarse a sus principales claves interpretativas, conectadas desde luego con sus presupuestos institucionistas.¹

* * *

La vertiente internacional de la Residencia de Estudiantes no es, en efecto, ni fruto del azar, ni resultado de una improvisación. La concepción organicista, el principio de unidad en la diversidad, la búsqueda de armonía que el pensamiento institucionista hereda del krausismo condicionan no solo el modo de entender la realidad nacional como una unidad articulada en entidades menores, sino también la relación de España con la comunidad internacional. El entendimiento nacional de la realidad española requiere la convivencia activa con los restantes organismos que conjuntamente componen la unidad supranacional de la humanidad, meta culminante desde este punto de vista. Y esa convivencia, para resultar fructífera, entraña la plena participación de España en las relaciones y los intercambios internacionales. Se requiere así una continua apertura al exterior, que proporciona beneficios indudables tanto a la nación española como a las restantes, ya que cada una aporta una serie de valores propios a este concierto internacional.

¹ Me he referido más detalladamente a la cátedra de la Residencia, indicando las referencias bibliográficas y documentales correspondientes, en mi tesis doctoral sobre el conjunto del centro residencial: véase Isabel Pérez-Villanueva Tovar (1990): *La Residencia de Estudiantes. Grupos universitarios de señoritas. Madrid, 1910-1936*. Madrid: Ministerio de Educación y Ciencia.



Marie Curie con su hija Irene, en casa del director de la Residencia con ocasión de su conferencia sobre «La radioactivité et l'évolution de la science», Madrid, 23 de abril de 1931. (Biblioteca Nacional de España, Madrid).



Programa de la conferencia de Marie Curie, «La radioactivité et l'évolution de la science», 23 de abril de 1931. (Residencia de Estudiantes, Madrid).

Este punto de vista, tendente a lograr una comunión internacional, orienta la apertura al exterior en una doble dirección, combinando la recepción de corrientes foráneas y la difusión de la cultura española en el exterior. Así ocurrió con los conferenciantes extranjeros invitados por la Residencia: «Je dois bien de la reconnaissance à la “Sociedad de Conferencias” —escribe, por ejemplo, Paul Claudel—. C’est elle en effet qui m’a permis de réaliser un pèlerinage en Espagne qui est le rêve et presque le devoir de tout Français». Para otros, esa invitación supondrá la posibilidad de fortalecer un acercamiento iniciado ya con anterioridad. Y, en general, para todos, facilitó el mantenimiento de relaciones duraderas con España, volviendo otras veces a la sede de la calle del Pinar o siguiendo en contacto a través de la revista *Residencia*, como es el caso de Blaise Cendrars o de Max Jacob.

Se evita —y se rechaza— cualquier posición de carácter nacional que sea excluyente y aislacionista. Pero también el extranjerismo, la copia y la incorporación irreflexiva de elementos foráneos. Castillejo constata que «la imitación indiscriminada puede resultar fatal». Y recurre con humor a la caricatura para hablar de «los peligros de una copia superficial» que había denunciado Giner: «Temía un “patriotismo” —escribe— que rechazara las reformas para tener asegurada la conservación de las corridas de toros y los bandidos; pero no le parecía menos sospechoso un “modernismo” que derribase monumentos góticos o cortase robles y olmos milenarios para construir apartamentos y poner un césped inglés». Lo que se quiere es depurar y equilibrar influencias foráneas y rasgos autóctonos, aunar tradición y modernidad. En el «espíritu» de la Institución Libre de Enseñanza se hermanaban, dice Azorín, «una nota de universalidad y otra nota de españolismo». Como en Giner, «europeo y apasionado del Guadarrama».

Al tiempo que contaba con destacadas figuras de fuera, la Residencia prestó siempre atención a los españoles más valiosos, incluidos los noveles. Allí hablaron Unamuno, Juan Ramón Jiménez, Ortega o Marañón, y se invitó también, por ejemplo, a un joven Alberti que leyó algunos poemas incluidos luego en *Sobre los ángeles*. Por otra parte, la cátedra de la Residencia de Estudiantes tuvo en cuenta los más diversos campos del conocimiento y del arte, ofreciendo enfoques muy variados que, siguiendo también en este punto la práctica institucionista, atendieron tanto a la visión más culta como a la popular. En el campo de la música, se interpretó a Alban Berg y se escuchó la guitarra de Andrés Segovia. Las audiciones abarcaron desde Bach o Vivaldi hasta Ravel, Stravinsky o Rodolfo Halffter. Y hubo espectáculos tan enraizados en el folclore español como la sesión en la que Lorca acompañó al piano a la Argentinita.

El propósito residencial consiste en lograr una «unificación», una «nueva síntesis» entre los distintos campos del saber, integrados en lo que Alberto Jiménez Fraud denomina «un fondo común de cultura humana». Se persigue así, frente a la forma-

ción «científica» o «literaria», una «educación humanista». Sin desechar la «educación técnica o especializada», la Residencia de Estudiantes quiere equilibrar, armonizar «artes y ciencias». Siempre procuró evitar «esa separación entre disciplinas científicas y literarias de que adolece el mundo moderno, el cual presenta los conocimientos en ese fraccionamiento, cada vez mayor, que tanto daño ha hecho a las ideas liberales». Frente a esa situación, el presidente de la Residencia evoca «la gran tradición liberal, la cual no participa de esa superstición del puro especialista». A esa tradición quiso acercarse la Residencia, salvando así «el abismo de incompreensión mutua» entre las artes y las ciencias. Porque «sólo una mente abierta a todas las ideas y perseguidora de una síntesis de conocimientos —escribe Alberto Jiménez— puede abrirse camino hacia una vida mejor».

* * *

Las primeras noticias sobre sesiones culturales y científicas de carácter público se remontan al bienio 1912-1913, aunque fue el traslado a los Altos del Hipódromo lo que permitió ampliar la envergadura y el alcance de la cátedra residencial, y ponerse en contacto, dice Jiménez Fraud, con «valores y problemas mundiales». La contribución de dos entidades surgidas en su entorno a mediados de los años veinte —el Comité Hispano-Ingles y la Sociedad de Cursos y Conferencias— resultó fundamental para la apertura internacional de la Residencia de Estudiantes.

En muchos de los actos culturales —y especialmente en los literarios, que fueron muy numerosos— se manifestó con claridad la óptica internacional que latió siempre en sus planteamientos. De acuerdo con los presupuestos que la impulsan, se plantea en la Residencia una concepción integradora y articulada de Europa, como ámbito territorial e histórico del que España forma parte y que constituye el primer eslabón de su integración en la comunidad internacional. Esto incluye también una perspectiva iberista, de relación directa con Portugal, la otra parte de la unidad territorial peninsular. Y se añade a todo ello un especial cauce de relación con Hispanoamérica, por evidentes razones históricas y culturales. Los destacados hispanistas —Maurice Legendre, Jean Cassou o Foster Watson, por ejemplo— y los relevantes iberoamericanos, como Alfonso Reyes, que frecuentaron la Residencia parecen conferirle un carácter de órgano mediador y catalizador entre la cultura europea —y norteamericana— y la hispánica. Es lo que señaló, por ejemplo, H. G. Wells en una de sus intervenciones, cuando elogió el propósito residencial de «establecer y reforzar un intercambio intelectual entre las grandes comunidades que hablan español y las que hablan inglés».

Esta actividad de la Residencia fue en realidad una propuesta muy innovadora de política cultural con proyección internacional. Su labor de intercambio tuvo una in-

dudable dimensión política y se propuso participar en la búsqueda de equilibrio, en los proyectos de entendimiento y armonía, de convivencia pacífica, que, desde diversas esferas y con cristalización concreta en los organismos internacionales que se crearon entonces, caracterizaron el mundo de entreguerras. La Residencia mostró reiteradamente su deseo de pertenecer a un ámbito supranacional, de enlazar, en palabras de Jiménez Fraud, con «la extensa comunidad espiritual que iba formándose por encima de los prejuicios, limitaciones e intereses nacionales, y que trataba de construir una sociedad de los espíritus capaz de elaborar una cultura total basada en intereses comunes humanos». En consonancia con todo ello, promovió una idea universalista de la cultura, que quería alejarse de todo «provincialismo nacionalista» y necesitaba una «mente abierta» y una «actitud liberal».

La perspectiva cultural e internacional de la Residencia mostró notables concomitancias con la de sectores muy activos del pensamiento europeo. Compartió la creencia en el valor de la tradición cultural europea, inscrita en el horizonte del liberalismo y el humanismo, la afirmación del decisivo papel que Europa había desempeñado en la conformación de ese horizonte y el consecuente convencimiento de que era necesario defender y mantener, frente a las amenazas de diverso signo, esa tradición y ese papel de Europa. No hay que olvidar que la Residencia inició sus relaciones internacionales en plena guerra mundial, y que ese conflicto y la etapa posterior de entreguerras supusieron, entre otras cosas, una crisis manifiesta de los valores de las democracias liberales y una creciente amenaza por parte de las opciones intelectuales y políticas revolucionarias y totalitarias que se fueron alzando frente a ellas. En esa coyuntura se movió la Residencia, procurando en todo momento salvar y conservar, frente a esas amenazas, con profunda convicción y actitud afirmativa, lo que consideraba mejor de la tradición cultural europea, que estimaba además fundamental en todo el mundo occidental. Muchas de las personalidades que pasaron por la Residencia estaban situadas en este horizonte. Así sucedió, por ejemplo, en el caso de Paul Valéry, que fue colaborador de la Sociedad de Naciones y autor de títulos tan significativos como *La crise de l'Esprit* o *L'Européen*. Y así sucedió también con el conde de Keyserling, decidido defensor del «ideal europeo» y de la unidad de Europa, o con Chesterton, siempre del lado de «la libertad y las libertades contra la predestinación y las autocracias», o, en fin, con Henri Bergson y Keynes.

Si, como centro educativo, la Residencia responde a un modelo de universidad de régimen colegial y corporativo, de organización tutorial, al modo anglosajón, esa caracterización adquiere un especial significado en relación con la Europa de entreguerras. El valor de la educación —una educación compartida por estudiantes de diferentes países, en el marco de un sostenido intercambio de orden intelectual y cultural— llegó a constituir, en el mundo de entreguerras, una especie de talismán infa-

libre para asegurar relaciones de armonía y de concordia entre las naciones. En Europa, la realización más importante impulsada por este tipo de pensamiento, muy cercano a ciertos organismos internacionales como la Sociedad de Naciones, fue, desde luego, la Cité Universitaire de París, aunque el esfuerzo fue mayor y más sostenido en los Estados Unidos desde instancias como, por ejemplo, las Fundaciones Rockefeller y Carnegie. La Residencia de Estudiantes supone, en este sentido, un intento de aplicar a España ese propósito de conseguir el entendimiento entre las naciones mediante la formación, a través de una educación compartida, de unas élites de carácter internacional.

Alberto Jiménez Fraud, a propuesta del comité directivo de la Residencia de Estudiantes, asistió en Ginebra a las reuniones de la Federación Universitaria Internacional para la Sociedad de Naciones, en 1924. Y en 1930 fue enviado por la Junta a las de la Confederación Internacional de Estudiantes, celebradas en Varsovia y Oxford. La Residencia de Señoritas desempeñó en este sentido un papel especialmente destacado por su estrecha relación con el Instituto Internacional. Y algunas actividades protagonizadas sobre todo en sus comienzos por María de Maeztu, y que ampliaron notablemente el horizonte de las residentes, tienen también ese mismo trasfondo internacional e introducen en España iniciativas de este orden. Tal es el caso del Lyceum Club Femenino y, sobre todo, de la Asociación Española de Mujeres Universitarias, fundada poco después de que María de Maeztu asistiese en Londres, en 1920, a la primera convocatoria de la Federación Internacional de Mujeres Universitarias. Las universitarias españolas se incorporaban así de forma temprana a una organización establecida en Londres en 1919 con el fin de promover el conocimiento y la amistad entre las universitarias y favorecer unas relaciones internacionales de cooperación y entendimiento.

* * *

La audiencia de la cátedra de la Residencia estaba formada por los estudiantes y por los miembros de la Sociedad de Cursos y Conferencias y del Comité Hispano-Inglés. Incluía, como dice una de las *Memorias* de la Junta a propósito de la Sociedad, «relevantes personalidades de las Artes, las Ciencias, el Profesorado y la Aristocracia española». Eran «los Quinientos», en expresión de Moreno Villa, el entorno inmediato de la Residencia, sus simpatizantes activos. Esta composición ilustra bien el carácter reformista y liberal del centro, su intención de formar «minorías directoras», solidarias y responsables. Porque ese público, con su heterogeneidad, conformaba, como un microcosmos, un modelo de participación y de relación social, poniendo el acento en el papel que debe desempeñar, según esta perspectiva, la «clase directora». Teniendo muy presente como telón de fondo la idea que en este ámbito se tiene de la

sociedad inglesa —evidente, por ejemplo, en el libro de Castillejo sobre *La educación en Inglaterra*—, se busca lo que Alberto Jiménez llama un intento de «coordinación social», es decir, la convergencia de los mejores valores que podían aportar los sectores de la aristocracia y de las clases medias —incluidas sus capas más acomodadas e influyentes—, así como los círculos intelectuales de mayor relevancia. No fue esta la única ocasión en que la Residencia recurrió a este tipo de combinación social, que ya se manifestó en su comité directivo.

Había en esa audiencia profesores prestigiosos, como Gregorio Marañón o García Morente, muchos de ellos directamente vinculados a la Junta, como Ignacio Bolívar, que presidirá la Sociedad de Cursos y Conferencias en los años treinta, o incluso estrechamente relacionados con la Residencia, como Menéndez Pidal, Ortega, Cabrera, Río-Hortega o Madinaveitia, además de Jiménez Fraud y María de Maeztu. Había asimismo miembros representativos de la Institución Libre de Enseñanza, como Cosío y Ricardo Rubio, y también artistas y escritores de primera fila —Mariano Benlliure, Victorio Macho, Juan Ramón Jiménez, Eugenio d'Ors—, junto a notorios representantes de los sectores más conspicuos e influyentes de la sociedad, en muchos casos ilustrados y con inclinaciones culturales o artísticas, encabezados por hombres de negocios y empresarios de la talla de Horacio Echevarrieta e Ignacio Bauer, o por escogidos protagonistas de la política, como Cambó. Había también significados apellidos de la vieja y de la nueva aristocracia —Alba, Palomares, Silvela, por ejemplo— y una notable representación de la colonia extranjera, en general próxima a las delegaciones diplomáticas de diversos países. Y contaba asimismo la Sociedad con una numerosa e inusual participación de mujeres, entre las que estaban las asociadas más activas de algunas instituciones de implantación reciente, como el Lyceum Club Femenino, y un conjunto de «damas de gran influencia social», en palabras de Alberto Jiménez.

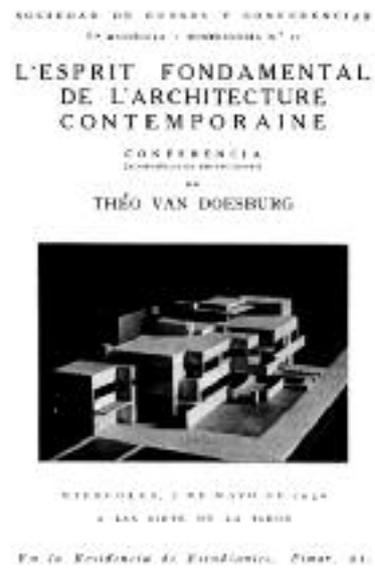
El caso de la condesa de Yebes, nuera del conde de Romanones, socia protectora de la Sociedad de Cursos y Conferencias desde su inicio, resulta en este sentido ejemplar. El diplomático chileno Carlos Morla Lynch, que se sorprende de que la aristocracia española se manifestase habitualmente «tan contraria, y aun hostil, a todo lo que significa erudición artística y cultivo del intelecto, vocaciones de progresión a las que asigna, erróneamente, tendencias subversivas», destaca la actitud abierta y las inclinaciones culturales de la condesa: «Carmen Yebes —cuya fina y encantadora belleza es proverbial— pertenece al reducido grupo de las damas de la aristocracia que se interesan en todo lo que es arte y bellas artes, provengan de donde provengan. Admira la inteligencia y el talento sin reparar en la condición y las ideologías de los que lo poseen. Recibe con exquisita distinción y elegancia en su salón, que adornan cuadros “surrealistas” —de firmas consagradas—, y, a pesar de sus aficiones intelectuales, no deja de acudir cada vez que brilla el sol al *golf* de la Puerta de Hierro, que frecuentan



Andrés Segovia durante su concierto en la Residencia de Estudiantes, Madrid, 24 de noviembre de 1928. (Biblioteca Nacional de España, Madrid).



Programa de la conferencia de Jean Piaget, «Le développement de la notion de cause chez l'enfant», 5 de diciembre de 1930. (Residencia de Estudiantes, Madrid).



Programa de la conferencia de Theo van Doesburg, «L'esprit fondamental de l'architecture contemporaine», 7 de mayo de 1930. (Residencia de Estudiantes, Madrid).

los miembros de la familia real, y a veces su majestad en persona. Es amiga comprensiva y “charmante” de todos los poetas —jóvenes y viejos— del día, y muy especialmente de Federico García Lorca y Rafael Alberti. Pero no faltan quienes le atribuyen —por estos motivos tan plausibles—, con espíritu de crítica, ideas avanzadas».

No está de más recordar que tres fundadoras de la Sociedad de Cursos y Conferencias —la propia condesa de Yebes, la condesa de Cuevas de Vera y María Luisa Caturla de Kocherthaler— pertenecían al círculo de Ortega, con el que mantenían, en expresión de su hijo Miguel, «una amistad de tipo intelectual».

La caracterización del público fue la misma en el grupo universitario y en la Residencia de Señoritas: a la conferencia que dio Victoria Ocampo en esta el 24 de octubre de 1931, titulada «En Harlem (impresiones del barrio negro en Nueva York)», acudieron poetas y artistas, profesores e intelectuales, aristócratas y diplomáticos, como Ortega, Marañón, Pérez de Ayala, Salinas, el duque de las Torres, el embajador de Alemania y la propia condesa de Yebes.

* * *

Las conferencias residenciales, las sesiones musicales, teatrales o cinematográficas, a las que asistieron en ocasiones Alfonso XIII y con más frecuencia la Reina Victoria Eugenia y otros miembros de la familia real, adquieren desde muy pronto, según Jiménez Fraud, un carácter de auténtico «acontecimiento social». Alfonso Reyes, que las define muy agudamente en un texto de los años veinte —«son acaso, para Madrid, el primer ensayo de combinación entre lo mundano y lo intelectual», siendo quizá el segundo «cierto curso de Manuel García Morente en el Palacio de Liria, morada del Duque de Alba»—, aporta además una expresiva evocación de estas sesiones: «La tarde en que hay reunión —escribe— suenan los autos por la calzada del Pinar, y el salón se puebla de damas y diplomáticos. Los estudiantes ofrecen su casa a lo más selecto de la ciudad, como unos señores ingleses ofrecen su castillo a los amigos de la partida campestre».

Con mordaz e inteligente ironía, García Lorca dijo en alguna ocasión que a «aquel refinado salón» de la Residencia «acudía para corregir su frivolidad de playa francesa la vieja aristocracia española». Y Eugenio d’Ors, al comentar, bajo el título de «Very Fashion», la invitación, cursada seguramente por el Comité Hispano-Inglés, a un «ilustre viajero» que «explicó al distinguido auditorio» su «exploración», confiesa no sin sarcasmo, refiriéndose al duque de Alba:

De cada diez palabras, cazamos la novena;
pero, invitando Jimmy, ha de ser cosa buena.

Con la reunión en su sede de este tipo de audiencia, la Residencia no hacía sino incorporar una fórmula de larga tradición en Europa. Resulta muy significativa, aunque no llegó a materializarse, la invitación para intervenir en la cátedra de la Residencia que dirigió, en 1926, la Sociedad de Cursos y Conferencias a una mujer tan singular como Anna Elisabeth de Brancovan, condesa de Noailles por su matrimonio, acabado exponente en aquel momento del acercamiento de la aristocracia a las vanguardias artísticas más activas de París. La revista *Residencia* la presenta de forma muy expresiva como una «dama insigne, que si en política se viene declarando socialista —y aun “anarquista, según el Evangelio”—, ostenta, celosamente, una de las más deslumbrantes coronas de la fama mundial». Y, más tarde, Charles y Marie Laure de Noailles financiaron la realización de *La edad de oro* de Buñuel.

La heterogeneidad del público de la Residencia, con su mezcla de intelectualidad y mundanidad, se manifestó en el carácter de los actos allí organizados, aparentemente más ajustados, según los casos, a uno u otro sector de la audiencia habitual. Hubo espectáculos que puede que sorprendieran a algunos reflexivos científicos y hombres de letras: «toda la intelectualidad» acudiría a la Residencia, dice Morla, «como de costumbre cuando se trata de una manifestación artística excepcional», para presenciar en 1933 *El amor brujo*, de Falla, bailado por la Argentinita y Rafael Ortega, con intervención además de tres veteranas «bailaoras», la Malena, la Macarrona y la Fernanda.

Se dieron situaciones a veces inusuales para muchos de los asistentes: «asombra y conmueve ver en el auditorio, acurrucados sobre cojines y sufriendo calambres, a personalidades como Ortega y Gasset y Fernando de los Ríos», escribe el mismo comentarista a propósito de la representación de títeres «El circo más pequeño del mundo», ofrecida, también en 1933, por Alexander Calder, que requería que el público se sentase en el suelo.

Se desarrollaron también ciertas intervenciones menos asequibles por su propio contenido, especialmente algunas de carácter científico, o ciertos actos resueltamente provocativos por el significado, por la obra o por la actitud de los conferenciantes, vinculados a las vanguardias artísticas y literarias, que no dejarían de producir extrañeza y aun incomodidad en parte del público. Tal es el caso, por ejemplo, de Louis Aragon, quien, como sintomáticamente señala *Residencia* a propósito de su intervención en el centro el 14 de abril de 1925, invitado por la Sociedad de Cursos y Conferencias, captó a la audiencia, más que por el contenido de su trabajo, «por su aire, por su voz, por su dicción y la suprema elegancia de su prosa, de cuño legítimo y radicalmente francés». La revista proporciona además una tranquilizadora definición del entonces iconoclasta surrealista —«como se ha dicho por alguien, “este anarquista resulta un príncipe”»—, que intentó escandalizar abiertamente a Jiménez Fraud, «propósito plenamente logrado», según Buñuel, cuando, aludiendo a ciertas prácticas homosexuales, le dijo: «¿No conoce usted algún meadero interesante?».

Especialmente innovadoras e incluso inquietantes para un sector de los espectadores debieron de resultar algunas de las sesiones cinematográficas organizadas en la Residencia a partir de 1927 con la colaboración de la Sociedad de Cursos y Conferencias, siempre deseosa de «conocer los temas que logran fuera de España resonancia y actualidad». El antiguo residente Luis Buñuel, instalado ya entonces en París, menciona su regreso al centro «para hablar del cine de vanguardia y presentar varias películas: *Entreacto*, de René Clair, la secuencia del sueño de *La Fille de l'eau*, de Renoir, *Rien que les heures*, de Cavalcanti, así como varios planos con ejemplos de máximo ralenti, como el de una bala saliendo lentamente del cañón de un arma». Antes de su intervención, Buñuel tuvo que pasar una especie de prueba. Como la Sociedad de Cursos y Conferencias era —dice— «una cosa muy seria», para que no dijera «alguna tontería», «alguna incongruencia» o «inconveniencia», le «examinaron» previamente el marqués de Palomares, Jiménez Fraud, Ortega y Morente: «Les di la conferencia y la aprobaron». El conferenciante tuvo un éxito notable, y sintió también un vehemente deseo, que le comentó a Pepín Bello, de realizar un «acto surrealista» provocador ante aquel «distinguido público», que estaría ya sin duda un poco conmocionado por algunas escenas de *Entr'acte*.

La Residencia constituía, junto al Cine Club dirigido por Ernesto Giménez Caballero, el centro impulsor de la presentación en Madrid de las obras de «extrema vanguardia» que Alberti define como «un desfile de imágenes sorprendentes, montaje de imprevistas y absurdas metáforas muy en consonancia con la poesía y la plástica europeas del momento». En 1928, se proyectó en el Teatro de la Princesa, presentada por Valentine Hugo, *La pasión y muerte de Juana de Arco*, de Carl Dreyer, obra maestra del cine mudo, y ese mismo año ofreció Buñuel una nueva sesión cinematográfica en la Residencia, en la que dio a conocer *La glace à trois faces*, de Jean Epstein, *La coquille et le clergyman*, de Germaine Dulac, y una filmación de *Actualidades «d'avant-guerre»*. Finalmente, en 1929, se proyecta *Un perro andaluz*, de Buñuel y Dalí, que, según Natalia Cossío, consideraron «de muy mal gusto» quienes la vieron y que se llevó allí porque «se quería estar muy muy *à la page* de todo lo que pasaba en el extranjero» y porque además era obra de dos residentes.

La Residencia procura dar cabida, de ese modo, tanto en el terreno de la creación artística y literaria como en el ámbito de los diversos campos del conocimiento, no solo a las corrientes tradicionales o a la moda ya aceptada en Europa, sino también a las últimas vanguardias, cuya estética, estrechamente unida en muchos casos a gestos y actitudes «escandalosos» e incluso rupturistas, podía contradecir de forma radical los presupuestos residenciales. El intento, patente en este esfuerzo, de integrar los diversos «ismos» que se suceden vertiginosamente a lo largo de los años veinte y treinta en la cultura europea de la que el propio centro se siente depurado exponente consti-

tuye una nota distintiva y valiosa de la Residencia de Estudiantes. La heterogeneidad de los actos públicos residenciales pretende abarcar así el campo que conforma el completo horizonte de una persona culta; a su vez, el marco relativamente amplio de su audiencia facilitaba y justificaba esa heterogeneidad, produciendo una muy considerable apertura para sus diversos sectores.

Como consecuencia de ello, pero también como lógica derivación del modelo que inspira al centro, a la Sociedad de Cursos y Conferencias y, más directamente, al Comité Hispano-Inglés, muchas de las conferencias residenciales, en una graduación relacionada con los contenidos, con los temas abordados, parecen ajustarse a la mejor tradición anglosajona de la alta divulgación. A muchas de las reuniones culturales y científicas de la Residencia de Estudiantes se las podría sin duda calificar de «vulgarización para gentes no vulgares», definición que la revista *Residencia* utiliza, muy elogiosamente por cierto, para reseñar el libro *The Music of Spanish History to 1600*, de John B. Trend, uno de los residentes ingleses más identificados con el centro. No faltará quien subraye sin rodeos que ese enfoque divulgador resultaba muy conveniente e incluso necesario, en la Europa de entreguerras, para el horizonte intelectual en el que se mueve la Residencia. Lo dijo Wells, por ejemplo, al iniciar su conferencia de 1932: «Mi papel siempre ha sido el de compendiador, y de un vulgarizador que procura extraer la sustancia de los hechos, relacionándolos y presentándolos en forma sencilla. En mi opinión, esta vulgarización es una de las necesidades más urgentes de nuestra época —se puede decir la más apremiante—. No creo que el mundo pueda vencer sus dificultades actuales si no se propagan estas ideas generales».

* * *

Fue muy notable la variedad de los temas tratados en la cátedra pública de la Residencia, nunca demasiado sesgados hacia materias o especialidades concretas, que respondieron, en conjunto, a una visión global, integradora. Junto a los ya apuntados, pueden distinguirse en ellos algunos rasgos, algunos enfoques y tendencias que indican la pretensión muy viva siempre de incorporar en todos los campos lo que se estaba haciendo fuera.

Las conferencias de carácter científico y técnico fueron impartidas por algunas de las figuras sobresalientes de la época y procuraron recoger las tendencias más actuales e innovadoras. Se advierte una presencia destacada de la física, entonces en pleno auge, de algunas especialidades de la medicina, como la psiquiatría y la psicología, cuyas concepciones más actualizadas se estaban introduciendo entonces en España, y, por otro lado, de los planteamientos modernos de la arquitectura. Basta recordar, entre otros, nombres como los de Marie Curie, Le Corbusier, Sándor Ferenczi, Piaget, Maurice de

Broglie o Gropius. Albert Einstein habló también allí, aprovechando su estancia en Madrid para ser investido doctor honoris causa por la Universidad Central.

Merece atención un conjunto numeroso de conferencias dedicadas al viaje, a las expediciones y excavaciones, a la exploración de tierras y culturas lejanas, tanto en el tiempo como en el espacio, mediante reconocimientos o investigaciones a veces no exentos de aventura, misterio e incluso riesgo, con grandes dosis en muchas ocasiones de esfuerzo físico, de deporte. Este tipo de experiencias, muy de actualidad en la Europa de entonces, que prolongaban la tradición viajera de los siglos XVIII y XIX y ofrecían además la ocasión de ensayar nuevas técnicas y nuevos medios, adquiriendo así rasgos modernos, llegaron a España en buena medida a través de la Residencia de Estudiantes. Con este tipo de actividad, la Residencia sumaba a su preocupación por el horizonte europeo el interés, a través de la curiosidad viajera, por culturas lejanas.

El alcance y el éxito de la presencia de viajeros, exploradores y geógrafos, antropólogos, etnólogos, arqueólogos y prehistoriadores pueden evocarse recordando algunos nombres destacados. Entre ellos, en primer lugar, el egiptólogo Howard Carter, que dio cuenta, en noviembre de 1924, de las excavaciones realizadas con Lord Carnarvon en el Valle de los Reyes y, sobre todo, del descubrimiento, dos años antes, de la tumba del faraón Tutankamón. El acontecimiento, que había tenido enorme resonancia mundial, proporcionó a este primer acto organizado por el Comité Hispano-Inglés y presentado por el duque de Alba un eco extraordinario, del que habló la revista del centro: «Su primera conferencia atrajo tal cantidad de público al salón de la Residencia, que hubo necesidad de dar la segunda en el teatro Fontalba (amablemente cedido por su propietario), con asistencia de Sus Majestades y ante un público tan numeroso como diverso».

El interés y el atractivo del asunto llevaron incluso a preparar, en el Real Cinema, una tercera conferencia, aunque ya sin la presencia de Carter, para los niños de las escuelas públicas madrileñas, en la que, además de proyectar las fotografías de los objetos encontrados en la tumba de Tutankamón, Manuel Machado leyó un resumen de la intervención de Carter. El éxito fue tal que la traducción de la conferencia de Carter y el material fotográfico y cinematográfico que donó al Comité Hispano-Inglés recorrieron numerosas ciudades españolas, satisfaciendo las peticiones de variadas entidades educativas y culturales —el Ateneo Obrero de León, por ejemplo, o la Federación de Estudiantes Católicos de Valladolid—, y llegaron también a diversas instituciones iberoamericanas. Casi cuatro años después, en mayo de 1928, Howard Carter impartió en la Residencia otras dos conferencias sobre el mismo tema, nuevamente a instancias del Comité Hispano-Inglés.

Otros conferenciantes siguieron esta orientación viajera. Como el general Bruce, que habló de sus expediciones al Everest, congregando a más de cuatrocientas per-

sonas, incluidos los reyes, la reina María Cristina y la infanta Isabel. También en este caso hubo que organizar otra sesión en un local más amplio, el Teatro del Cisne, donde dos mil personas pudieron seguir una película de la expedición de 1924, presentada por Constancio Bernaldo de Quirós. Muy atractiva fue también la intervención de Alexander Hamilton Rice, en mayo de 1927, sobre «La Guayana desconocida», relato de su reciente exploración de los ríos Branco, Uraricuera y Parima con fines de reconocimiento e investigación. La modernidad del planteamiento, patente en el empleo de la aviación, y la nutrida diversidad de dedicaciones de los componentes de la expedición —entre otros, un etnólogo, un cartógrafo, un ingeniero y un operador cinematográfico— no excluyen el carácter azaroso, aventurero, de la empresa, en la que se suceden naufragios, deserciones, trances especialmente arriesgados ante una naturaleza poderosa y una fauna amenazante. La imbricación entre epopeya y ciencia confieren a la apasionante narración de Rice el mayor interés.

René Gouzy habló en abril de 1931 de las proezas deportivas del aviador suizo Walter Mittelholzer, ganador del Trofeo del Aero-Club Internacional por haber efectuado en hidroavión la primera travesía del continente africano, desde El Cairo hasta El Cabo, en febrero de 1927. Como ocurrió siempre, algunos españoles se añadieron a los extranjeros para hablar de estos temas relacionados con la aviación: el capitán Iglesias, famoso ya por haber realizado, a finales de los años veinte, junto con el capitán Ignacio Jiménez, el vuelo Sevilla-Mesopotamia y la travesía Sevilla-Bahía sin escala, expuso en 1931 su proyecto de expedición al Amazonas; y el capitán Cipriano Rodríguez, que había logrado batir marcas de velocidad dos años antes junto con el teniente Carlos de Haya, se refirió en 1932 a su reciente vuelo, también con Haya, en un avión de construcción nacional entre Sevilla y Bata, un total de 4.500 kilómetros en 28 horas.

Bertram Thomas deslumbró en 1933 al auditorio residencial con el relato de su travesía del desierto de Rubaljali, el mayor del sur de Arabia, concebida, como él mismo dijo, «conforme a la tradición de los exploradores de Arabia», en secreto y a sus expensas. «Con la barba crecida y vestido de árabe», en una caravana de veinticinco hombres y cuarenta camellos, llevó a cabo durante dos meses, a principios de los años treinta, su expedición. Sus observaciones antropológicas y etnográficas, el reconocimiento geográfico del terreno, con su detallada descripción de paisajes y fenómenos naturales —«las montañas de piedra caliza», «la estepa gredosa», «los arenales», «la laguna salina», «las arenas sonoras»— y la sistemática catalogación de la fauna de aquel «paraíso del naturalista» —750 variedades, de las que 21 eran desconocidas— ponen de manifiesto la valiosa vertiente científica de este viaje.

Las conferencias sobre asuntos artísticos fueron asimismo muy numerosas, con nutrida participación de profesores e investigadores españoles. Y en conexión con este ámbito, y de acuerdo también con su voluntad internacional, la Residencia quiso con-

tribuir al mejor conocimiento de las últimas tendencias artísticas europeas con una iniciativa muy estimable que consistió en presentar al público madrileño «las vicisitudes de la pintura viva», unas cuantas muestras de lo que estaban aportando algunos autores españoles significados —«destacados ya definitivamente o que se van destacando»— a ese movimiento universal. A esa intención respondió la organización, en el Pabellón Villanueva del Jardín Botánico de Madrid, en marzo de 1929, de una exposición de pinturas y esculturas de españoles residentes en París.

Fue un empeño difícil, que ofreció en conjunto, aunque en algunos casos no pudo lograr resultados satisfactorios —el programa se lamentaba de «no poder presentar de Picasso y Juan Gris sino pequeñas muestras»—, una oportunidad excepcional de contemplar directamente obras entonces poco o nada conocidas al margen de reproducciones o referencias. Allí se reunieron los nombres más significativos de los artistas residentes en París: los pintores Manuel Ángeles Ortiz, Bores, Cossío, Gris, La Serna, Miró, Olivares, Pastor, Peinado, Picasso, Pruna, Ucelay y Viñes y los escultores Penosa, Gargallo y Hugué, a los que se añadieron, «por la íntima relación ideológica y técnica, a más de fraternal, que guardan con los otros», los pintores Palencia y Dalí y el escultor Alberto, que residían entonces en España. A la vertiente informativa, de difusión cultural, de la exposición, que se completó además con dos conferencias de Manuel Abril y Corpus Barga, se añadió otra de índole comercial, que debió de resultar especialmente interesante para los autores menos consagrados, al ponerse a la venta algunas de las obras.

Junto a las audiciones y las conferencias musicales, se prestó también atención en la cátedra residencial, finalmente, al teatro, no solo en su vertiente propiamente literaria, sino también en sus aspectos escenográficos. Anton Giulio Bragaglia dio, por ejemplo, en enero de 1930, una conferencia sobre «El nuevo teatro técnico», con inclusión de proyecciones de escenarios teatrales. Y para inaugurar el Auditorium, en 1933 se invitó a La Compagnie des Quinze, grupo teatral francés dirigido por Michel Saint-Denis, que mostró toda la envergadura de la renovación teatral que estaba protagonizando, caracterizada, como señalaron algunos críticos madrileños, por rasgos como la armonía del conjunto, la sencillez del decorado y del vestuario y la utilización de diversos recursos interpretativos.

* * *

Todo lo anterior puede ayudar a hacerse una idea del notable alcance de las actividades desarrolladas en la cátedra de la Residencia de Estudiantes y de la orientación marcadamente internacional que presidió su desarrollo. Fiel al legado institucionista y de acuerdo con la caracterización general de todas las iniciativas de la Junta para Am-

pliación de Estudios e Investigaciones Científicas, la Residencia se sintió partícipe de un proyecto más amplio, de cuño liberal e indudable proyección política, de una Europa en busca de renovadas fórmulas de equilibrio y armonía, y adecuó sus planteamientos y sus actividades a esa perspectiva. Ante un público que las *Memorias* de la Junta definían como «selecto», se acercó a campos del conocimiento muy diversos y a perspectivas culturales y artísticas muy variadas, sin excluir las vanguardistas. Tuvo así un papel muy relevante en la incorporación de España al horizonte internacional de su tiempo.

Isabel Pérez-Villanueva Tovar*

¹ Dirección para correspondencia: ipv@poli.uned.es